85-A

452

ACTOS

ORGANIZADOS PARA
CONMEMORAR LA

Fiesta de la Raza

el 12 de octubre de 1926

MADRID, 1926

IMP. MUNICIPAL

Ayuntamiento de Madrid

AYUNTAMIENTO DE MADRID

ACTOS ORGANIZADOS

PARA CONMEMORAR LA

FIESTA DE LA RAZA

EL 12 DE OCTUBRE DE 1926

MADRID
Imprenta Municipal
—
1926

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

1492 - 1926

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

DISCURSOS

pronunciados con motivo de la manifestación escolar celebrada ante el Monumento a Cristóbal Colón

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Discurso del Excmo. Sr. D. Simón I. Patiño, Enviado extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Bolivia.

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Discurso del Excmo. Sr. D. Simón I. Patiño, Enviado extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Bolivia.

SEÑOR ALCALDE:
SEÑORES:

Las repúblicas hispanoamericanas han contraído el sagrado compromiso de renovar, cada año, una tras otra, ante este monumento, su filial adhesión a España. Hoy toca a Bolivia seguir realizando tan feliz idea que tiene otros alcances que los de una mera cortesía internacional. Es un acto de fe y de esperanza que mi Patria quiere hacer aquí a la faz de esta legendaria tierra de hidalgos. Y al depositar esta corona de bronce destinada a atestiguar esa fe y esa esperanza, paga Bolivia un tributo de honor a los conquistadores cuyas frágiles carabelas se atrevieron a desplazar el horizonte para dar a la tierra la forma armoniosa que desde entonces tiene.

Al escribir las glorias de España con el empuje de sus cerebros y el filo de sus espadas, esos capitanes acumularon para nosotros un caudal de nobleza que, madurando a lo largo de los siglos, nos permitió reclamar el privilegio de mayoridad, llamado libertad por los pueblos jóvenes.

Pero emancipación no significa olvido. El habla castellana que endulza nuestros labios y refresca nuestro recuerdo, desde México hasta la Tierra del Fuego, se impone como eterno pregón de solidaridad. Las manifestaciones de la Raza resaltan por doquier. Ora es la reflexiva tenacidad vascongada que templa nuestro carácter, ora es la gracia andaluza que realza nuestro ingenio: nuestras ciudades son imagen de las vuestras, conservamos con piadoso respeto vuestras casonas, vuestros templos y el arte que en ellos derramasteis. Sólo así, ante nuevas y poderosas naciones sin alcurnia, podemos ostentar añejos y codiciados cuarteles de nobleza que a colonia le fuese jamás otorgada. Y si vuestra obra material pareciere efímera, el cerro de Potosí que descubristeis, su ciudad, a la que Carlos V llamó «mi muy imperial villa», siguen dispensando riquezas. Mas aún, si algún día un inesperado cataclismo llegara a arrasar tan portentosa montaña, una frase de nuestro inmortal Cervantes la haría perdurar en la memoria de los hombres.

Formamos, ya lo veis, señores, una entidad indisoluble y homogénea. Y acaso ha llegado el día de no poder distinguir si fuisteis vosotros quienes nos conquistasteis antaño o, si más bien, nosotros os hemos conquistado con la fidelidad de nuestro afecto. Mirad si no a los colores bolivianos: no son otros que los de España a los cuales el optimismo de una nación joven añadió el verde de la esperanza.

Ayuntamiento de Madrid

Los lazos que nos ligan son inquebrantables. La indiferencia no, sino ignorancia. Y nada nos distanciará mientras España siga ensanchando los horizontes de su actividad hasta donde lleguen los ecos de su corazón.

En nombre de la República de Bolivia, al enviar un homenaje de respeto a S. M. el Rey, me inclino reverente ante las pasadas glorias hispanas, precursoras de nuevos triunfos para honra y prez de la Humanidad.

Ayuntamiento de Madrid

Discurso leído por D. Emilio Antón Hernández, primer Teniente Alcalde, Encargado de la Alcaldía Presidencia.

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Discurso leído por D. Emilio Antón Hernández, primer Teniente Alcalde, Encargado de la Alcaldía Presidencia.

EXCELENTÍSIMO SEÑOR:
SEÑORES:

Una ausencia oficial y prevista, pero no por eso menos lamentable en esta ocasión, de nuestro ilustre Presidente el excelentísimo señor Conde de Vallellano, Alcalde de Madrid, me pone en el peligroso trance de llevar la voz de Madrid (en que se funden todas las voces y acentos vivos, noblemente legítimos del pueblo hispano), en acto de tal relieve y de suyo tan transcendental e insuperable, que, si yo no contase con que os haceis cargo de lo obligado de mi representación, y viendo la poquedad de mis medios, hubiese renunciado a tal honor por no empañar la brillantez de esta solemnidad con la torpeza de mi palabra.

La reiteración de este acto a todos nosotros ennoblece y dignifica por lo que es en sí y por lo que representa, y cuanto más lejos pongamos nuestro corazón del instante en que pelear era la ley, más desinteresados, más limpios y más transparentes serán nuestro afecto recíproco, nuestro amor mutuo. Se ha dicho muchas veces que los árboles ocultan el bosque que sólo a distancia ofrece íntegras su extensión y su pompa frondosa.

Pero un bosque, con el aroma recio y sano de sus hayedos o de sus pinadas, ofrece ta nbién el fruto copioso de sus troncos erguidos y altaneros, en una utilidad que el esfuerzo humano hará patente y fecunda.

Acaso la materialización de la vida nos obligue a todos un poco a forzar la mirada en vía de las conveniencias económicas, industriales, tangibles, acuñables, del magno acontecimiento que cada año congrega nuestros espíritus al pie de este monumento, como si le encomendáramos la misión augusta de ser antena del ritmo cordial de España en el camino de las Indias, buscando el pecho de sus hijas para taladrarlo otra vez de amor inextinguible con un dardo ideal en que se amalgaman la pluma de Cervantes, el acero de Pizarro y la Cruz de Isabel.

La Fiesta de la Raza tiene el encargo de mantener encendido el horno en que se temple ese dardo ideal, porque entre España y su América nada podrá atarse, tratarse y contratarse sin amor.

Si ha podido pensarse en el sueño generoso de una Sociedad superior de pueblos, ved aquí cómo la Fiesta de la Raza canta, y al par mantiene y enfervoriza, la Hermandad étnica, idiomática, religiosa, natural de 20 naciones, hijas ilustres de la excelsa España, que a su vez vierte los tesoros de su ternura sobre sus criaturas,

Ayuntamiento de Madrid

sin otra preocupación que la de no saber, no poder, no querer elegir entre ellas predilecta.

Una hazaña reciente y brillantísima ha reverdecido los viejos laureles, y sin que haya que sacar de su obligado quicio los sucesos, sirve muy bien para que España, frente al primer marcador de la ruta marítima del Nuevo Mundo, cuya efigie severa desde lo alto de un pedestal nos preside, pueda pensar que si no pudiera evidenciarse, al cabo, el nacimiento español del navegante inmortal, Colón merecía mil veces ese honor y con ello, en realidad, bastaría.

No nos arrepintamos jamás de haber dejado hablar a nuestro corazón; no sofoquemos sus latidos; no le forcemos a amar a ras de la tierra. Desconfiemos, en sumo, del hispanoamericanismo, que desoye o se burla de la voz de los poetas; que desdeña el esplendor rutilante de un pasado de gloria, sin el cual, además, sería inútil pensar en un porvenir de substancia.

Porque no lo dudéis; en cada cláusula de un tratado de comercio —no digo entre todos los pueblos, pero sí lo afirmo de los hispanoamericanos—, en cada diálogo utilitario de Gobierno a Gobierno, necesariamente, fatalmente, providencialmente, latirá el grito maravilloso, lleno de luz—una luz que alumbra un continente recién nacido—de Rodrigo de Triana; los himnos jubilosos de los conquistadores; los cánticos de fe y esperanza de los misioneros, y —¿por qué no?—el sordo rumor triunfante sobre el mar y sobre la muerte, apresurado como el de un corazón en fiebre de amor, de las hélices románticas, incansablemente, audazmente españolas de Ramón Franco y de sus dignos hermanos de aventura.

Cortés, en Méjico, haciendo real lo inaudito y aun lo imposible; los Almagros y Pizarros, en el Perú; Núñez Cabeza de Vaca, en la tierra Florida, que no contento con acometer empresas reservadas a semidioses, injertando así la leyenda de la Historia, escribe páginas inmortales de veraz relato y asombrosa modestia; aquel que, hablando de los indios, aconsejaba: «Claramente se ve que estas gentes todas para ser atraídas a ser cristianos y a la obediencia de la Imperial Majestad, han de ser llevados con buen tratamiento, y que este camino es muy cierto y otro no», con lo que refulge en los anales como espejo de conquistadores.

Velázquez, Rodrigo de Orgoños, Balboa, Ponce....., todos aquellos ínclitos varones, rápidos en el concebir, temerarios en el proponer, perseverantes en la acción, firmes en la fe, únicos en la audacia, según se les veía acometer cuanto truncaba o contradecía el ambiente natural de sus existencias, acabando en nautas insignes, los más calificados pejugaleros, y en estrategas de nota y en prudentes gobernadores, hombres recriados en la bucólica paz campesina..... La estrella del destino de España les guiaba; el mandato celestial de ensanchar a un tiempo los hispanos dominios y las tierras de Cristo, suavemente les forzaba, pero ungiéndoles con el óleo de la inmortalidad..... En vos, ilustre vocero de la América hispana, se concreta hoy con plena dignidad la ingente representación de las Indias, hijas de España. Madrid, corazón, tanto como capital de la resurgente Madre de los pueblos

Ayuntamiento de Madrid

que os han dado su voz, la escucha enternecido y anheloso y responde: ¡cuán pobremente! por mi conducto, a los votos y a las exaltaciones de que sois portador, y os dice:

Mucho tiempo, siglos, hemos empleado en aceptar los testimonios de gratitud de Hispanoamérica, y hemos glosado y repetido el tema de lo que América debe a España. Esta hora febril de buscarse España a sí misma, es sin duda una hora singularmente propicia a la proclamación de lo que España debe a América: ¡América! que viene a su gloriosa genitora suelta la cabellera de hilos de sol, encendido el semblante con el arrebol de la emoción filial, al viento la túnica tramada entre el Cielo y el Océano, y llevando sobre su cabeza hierática, solemne, la antorcha de la cristiana civilización, que España prendió en la hoguera de su propio pecho antes de clavarla en el más enhiesto nidal de cóndores andinos..... La persistencia de esa llama que habéis mantenido con óleo de ideal, esperándonos siempre, es lo que España conmovida os agradece.

Reciba Hispanoamérica, en la persona eminente del digno representante de Bolivia (aquella tierra de fábula por sus riquezas y por su hermosura), que ha incorporado el nombre de su región más preciada a las hipérboles más cariñosas de nuestro idioma que para ponderar una valía sólo satisface comparando cuando ha nombrado el Potosí. Reciba, digo, Hispanoamérica nuestra más cálida, nuestra más fervorosa salutación que con emoción vibradora sale de mi garganta en nombre de Madrid, capital y corazón de España.

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Discurso del Excmo. e Ilmo. Sr. D. Hilario Crespo

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

ANTE EL MONUMENTO A CRISTÓBAL COLÓN

Discurso pronunciado en el acto de la celebración de la Fiesta de la Raza por el excelentísimo e ilustrísimo Sr. D. Hilario Crespo

Excelentísimo señor Alcalde:
Excelentísimos señores Representantes diplomáticos de la América española:
Excelentísimo señor Ministro de Instrucción pública y Bellas Artes:

Señores todos y queridos niños: Como timbre preclaro de mi mayor gloria, cuyo fundamento corresponde al hecho de haber tenido el que os habla el acierto o la oportunidad de conseguir la cristalización de una idea que hallábase flotando en el ambiente, bien seguro de que este patriótico propósito mío había de encontrar eco tan vibrante como positivo en el corazón y en los espíritus de cuantos a muy singular honra tenemos ser españoles o hispanoamericanos, cumple a mi deber el honor, uno de los más grandes de mi vida, de exponer respetuosamente ante tan ilustrado auditorio en el día de hoy, pero como un honroso privilegio, la elevada significación de la Fiesta de la Raza, que con tanta solemnidad estamos celebrando ante el monumento a Cristóbal Colón, el inmortal y glorioso nauta, descubridor del Nuevo Mundo. Deberemos, por tanto, iniciar esta celebración saludando al guía espiritual que diligentemente quiera conducirnos a traves del mundo de las ideas, a nosotros, que fuimos los primeros en conducir a los hombres a los más recónditos confines del mundo material.

Habrán, pues, de servir las primeras palabras que yo pronuncie, bien seguro de que interpreto el general sentir de todos los aquí congregados, para enviar por conducto de los dignísimos representantes diplomáticos de la América española, con cuya presencia nos honramos, un fervoroso, entrañable, entusiasta y cariñoso saludo a todos esos pueblos y a todos esos ciudadanos que con nuestros pueblos y nuestros conciudadanos constituyen la gran familia hispanoamericana, esa gran familia que hoy, extendida por el Nuevo Mundo, forma las jóvenes repúblicas americanas, blasón de gloria excelsa de la hispana gente.

¡Fiesta de la Raza.....! ¿Qué es lo que significas y representas en el desenvolvimiento de nuestra vida espiritual y económica? Decir Fiesta de la Raza, es decir fiesta de paz universal, de confraternidad, de cultura y de patriotismo. Porque la Fiesta de la Raza significa, fijáos bien, el justísimo homenaje que españoles y americanos debemos rendir y expresar a la gloriosa España del pasado y una afirmación de vínculos en el presente y para el porvenir entre todos cuantos pueblos

Ayuntamiento de Madrid

se han formado con nuestra sangre, nuestro idioma, nuestras costumbres y nuestro constante esfuerzo civilizador y progresista, que no por desviado y desigual en cien tristes ocasiones, es por eso menos real, efectivo y fecundo en el curso del tiempo y de las cosas..... Por ello y para ello, es fiesta a la que debemos dedicar nuestras mayores y más fervorosas devociones.

Porque ¿qué otra cosa puede ni debe significar y representar la patriótica Fiesta de la Raza, sino el momento en que España, nuestra amada Patria, lo diré con gráfica expresión, al descubrir el Continente americano administró el bautismo a un Nuevo Mundo, a un mundo hasta entonces inexplorado, escribiendo con la realización de tan gigantesca epopeya la página más gloriosa que registra la Historia de la Humanidad. Y ya lo dijo López de Gomara en famosa y memorable carta, que ha pasado a la Historia, dirigida al emperador Carlos V. Señor: «la mayor cosa habida en la tierra después de la creación del Mundo, sacando la encarnación y muerte de quien lo creó, es el descubrimiento de las Indias». La Fiesta de la Raza deberá ser, por tanto, la recíproca conmemoración de una fecha que creó como un istmo, a la más infinita y embriagadora expansión del amor y de la esperanza.....; el efusivo entrañable y dilatado abrazo de dos mares.....; de dos civilizaciones.

En cuanto a la importancia de esta fiesta, ya instituída con carácter de aniversario, no me cumple más que decir que todos los años y aún con mayor grandeza y magnificencia en los que se van sucediendo, el día 12 de octubre, fecha gloriosa y conmemorativa del glorioso descubrimiento de América, cerca de cien millones de seres humanos, unidos por el nexo de la religión, del idioma, de la costumbre y de la Historia en la hermosa lengua de Castilla, en este rico idioma nuestro que Cervantes, el divino y esclarecido genio del bien decir, con tantos y tantos otros insignes y preclaros escritores de Hispanoamérica, le supieron enaltecer, habrán de expresar a España, a la Madre Patria generosa que los llevó, con la comunión de su idioma las excelsas virtudes de la raza, el testimonio supremo de su admiración, de su cariño y de su respeto. ¡Conservar, pues, tan rico tesoro y ser a su vez los difusores para bien de la Humanidad de tan hermosos ideales! He aquí la doble misión de nuestra raza y lo que su fiesta significa.

Consoladoras, y mucho, son por consiguiente estas tan bellas palabras, porque de hoy en adelante y como efecto de la celebración de la Fiesta de la Raza el hermoso ideal hispanoamericano no seguirá siendo como hasta aquí fué una halagadora y risueña esperanza, sino una intensa y beneficiosa realidad, y aunque mi espíritu soñador, siempre optimista, presentía el triunfo ambicionado del ideal no pudo jamás suponer éste que tan pronto empezara a alborear en el firmamento de mis anhelos la aurora que le presagiara.

¡Genial idea fué la de Colón y sus aguerridas huestes, cimada en aquel exclarecido día 12 de octubre de 1492! Porque desde ese instante vióse España convertida en el más vasto Imperio de la tierra. Supo dilatar intensamente sus ya

Ayuntamiento de Madrid

vastísimos dominios del saber, compitiendo en brillantez, amplitud y eficacia con todas aquellas famosas escuelas de Bagdad y de Damasco. Agrandó poderosamente como fruto de su voluntad recia y persistente el cauce del comercio y de la industria, emulando considerablemente y hasta rivalizando con visible ventaja, en sus aquellas excepcionales y tan justamente ponderadas aptitudes, de los traficantes fenicios, extendiendo al mismo tiempo los horizontes de las artes, pero en términos tan amplios y tan definitivos, cual si el espíritu sublime y creador de la divina Grecia hubiera volado a través de los cielos inmensos de la idealidad y de la esperanza, para como nuevas palomas de la inspiración, aletear sobre las frentes serenas y pensativas de los intrépidos exploradores españoles.

Ríos inmensos como mares; árboles corpulentos de gigantescas cúpulas, que después de haber materialmente pugnado por escalar el cielo ven extenderse sus frondosos brazos hacia la tierra virgen amparando mediante su pletórica vida, fresca y lozana, de los abrasadores rayos solares de los trópicos; cordilleras de altísimas cumbres, engarzadas como inmensas piedras preciosas, con sus níveos glaciares y sus destellos de amatistas y esmeraldas ante la majestad imponente de los Océanos; montes que guardan en sus escondidas entrañas, con los restos de milenarios períodos geológicos, ricos e inagotables tesoros, capaces de enriquecer como Cresos a muchos insaciables hombres; valles de dilatadísimos horizontes, feracísimos y exuberantes de vegetación brindando con sus fecundos cultivos apacible y venturosa existencia a la vieja Europa; aves maravillosas, de irisados y fantásticos plumajes y de sonoras lenguas, que aprendieron a modular el himno de los conquistadores cuando los indígenas de exóticos tipos y primitivas costumbres, apenas si los sabían deletrear.

Todo esto y mucho más, como generosa consecuencia de un ideal puesto en práctica por un *visionario*, por la protección, que sin tasa ni medida, había sido ofrecida por los soberanos de España, y singularmente por la católica reina Isabel I de Castilla, y la intrepidez, arrojo, bravura y recia persistencia de los grandes capitanes, de los abnegados misioneros de la fe de Cristo y de los bizarros soldados españoles.

No es, no, la invención de América una empresa divina, y tiene en sí todos los caracteres de lo sobrehumano; no es obra de titanes y titánicos son los esfuerzos, prodigiosas las abnegaciones e insuperables los sacrificios. Por todo lo cual y como sazonado fruto de tan magna y persistente obra el Nuevo Mundo se nos presenta como un otro Paraíso terrenal en la dorada cuna de la Humanidad, ante la cual el bellísimo Jardín de las Hespérides y los encantados Campos Elíseos del gentilísimo clásico; el Walhalla, tan grandioso y tan suspirado por los audaces escandinavos; y el Edén, todo en él ensueño y poesía de los musulmanes..... enmudecen. Además, en esa magna e imparangonable empresa nuestros legendarios y heroicos conquistadores se agrandan; pero de manera tal, que Ciro, Darío, Xerges, Jenofonte, Julio César, Alejandro y Jaime el Conquistador, colosos de las armas, glorificados

Ayuntamiento de Madrid

y enaltecidos por la Historia, parecen unos insignificantes guerreros en la nueva, en la recién escrita página de los anales humanos. Los siete siglos de constantes y épicas luchas para arrojar a la morisma de su último baluarte, recompensados quedaron por las glorias excelsas de nuestros descubrimientos, los cuales nos permitieron pasear triunfante el avaro de la redención por los vastos territorios de aquel inexplorado Mundo.

Así es que propios y extraños forzosamente tendremos que reconocer que el genio de Colón, percibiendo la visión de un mundo desconocido, dándole forma y vida en el silencio de sus videntes meditaciones, persiguiendo infatigable y tenaz la realización suprema de sus ensueños y coronando, por fin, sus ideales con la realidad pasmosa de ofrecernos un Nuevo Mundo abierto a todas las actividades de la vida, es el símbolo de la existencia misma, desde el génesis que se inicia en los misteriosos laboratorios del subsuelo, hasta el milagro del fruto que se manifiesta como una bendición del cielo al esfuerzo inteligente y efectivo de la fecundidad y del trabajo.

Entonces, con la invención de América por España, la dignidad del hombre adquirió un mayor paso específico, porque quedó plenamente fortificada la voluntad, iniciándose con todo ello el desdoblamiento en su máxima intensidad de la energía personal. Porque desde ese instante, el del descubrimiento, el Nuevo Mundo brindó un porvenir positivo al esfuerzo, al sacrificio, a la intrepidez, al valor, al saber y hasta la propia codicia..... La fortuna será, pues, la bien justísima recompensa ofrecida a los audaces, y, por consiguiente, los pobres de espíritu, los perezosos, ya no podrán quejarse en lo sucesivo de su falta de suerte o de medios, a lo más, caso de no aceptar los esplendores ofrecidos por las tan favorables circunstancias, tendrán que contentarse con los míseros despojos, hojas de espadas, de lanzas y de yelmos rotos—podríamos decir—en épicas hazañas de los encuentros habidos con nuestros hidalgos.

Vió la nobleza militar en el Nuevo Continente vastísima, noble y honrosa liza para sus soñadas y apetecidas empresas; la aristocracia togada, culta y sabiamente aleccionada en las enseñanzas de Derecho Romano, aspiró con bien legítima y fundamentada razón, al desempeño de sus altas funciones en las Audiencias y Gobiernos, los sacerdotes de la religión del Crucificado, culto que es divino por su origen y humano por su abnegación, ansiaron el momento de ejercer con su encendida y fervorosa fe su sagrado ministerio en abnegadas y fructíferas misiones por aquellos territorios inmensos, incultos e idólatras; los amantes del saber, en las infinitas manifestaciones de éste, surcaron los mares, impacientes por obtener, a fuerza de derramar cultura, nuevas y espirituales conquistas, pródigas en vigilias y desvelos; y el pueblo, ese pueblo de la leyenda épica, fué allá en busca de la tierra de promisión y del opulentísimo imperio del famoso preste Juan de las Indias.

Así es que aquella reina ejemplar, aquella Isabel I de Castilla, que es en la que se resumía todo el valor heroico y persistente de la vieja raza hispana y toda la

Ayuntamiento de Madrid

exquisitez, la delicadeza y la ternura de las mujeres castellanas, tenía que comprender necesariamente que se abría una página desconocida en el libro de la Historia para ser escrita con letras de oro, y quiso a toda costa que fueran plumas empuñadas por manos de castellanos las que rubricaran ese primer capítulo grandioso e imparangonable y quiso asímismo que fueran almas españolas las que vaciaran allí el tesoro de su idioma, de su fe y de su raza.

En fin, que hay que reconocer que la invención de América por España constituye la de libertad universal, porque allí en ese suelo regado y fertilizado con sangre de españolas gentes, es donde empezó a moverse y allí donde él seguirá irradiando como resplandeciente luminar de estos tiempos por el mundo sus excelsas virtudes. Asímismo tendremos que afirmar, ateniéndonos tan sólo a las realidades de los hechos, que es en ese inmenso escenario de aquella prolongación del planeta que habitamos, donde forzosamente habrá de representarse la magna, la apoteósica obra del porvenir del mundo, de su salvación.

Y ya tan sólo me resta decir para dar por terminada mi intervención en este solemne y grandioso acto, que deseo expresaros un ardiente deseo, deseo que consiste en que en el día de hoy que es el de la Fiesta de la Raza, españoles e hispanoamericanos formando un apretado haz, hagamos muy fervientes votos por la prosperidad y el engrandecimiento de la América española; por el engrandecimiento y la prosperidad de España, la Madre Patria; que los hagamos asímismo por el de Madrid, por el de este noble, culto y generoso pueblo madrileño que tiene siempre abiertos sus brazos para recibir en ellos a todos cuantos quieran honrarnos con su visita. Y postrados todos ante este monumento a Colón, altar de la raza, elevemos también al Altísimo nuestras fervorosas plegarias para que Él quiera conceder salud y acierto en los difíciles cometidos que respectivamente hállanse encomendados a los jefes de esa gran Patria comun que se llama Hispanoamérica..... Y digamos por fin, pero con noble y honroso orgullo, dando rienda suelta a nuestros más puros sentimientos.

¡Viva la América española.....! ¡Viva España.....! ¡Viva Madrid.....! ¡Viva nuestro augusto soberano, el rey Don Alfonso XIII (q. D. g.), este insigne monarca, el cual por sus ejemplares virtudes cívicas y por su fervorosa y entusiasta fe en el triunfo del santo ideal hispanoamericano, es digna y cumplidamente el primer caballero de nuestra raza!

¡Inclita raza ubérrima, sangre de Hispania fecunda!

¡Espíritus fraternos, luminosas y benditas almas, Salve, Salve! He dicho.

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

FUNCIÓN DE GALA

celebrada en el Teatro de la Zarzuela el día 12 de octubre de 1926

para conmemorar la Fiesta de la Raza

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

PROGRAMA DE LA FUNCIÓN DE GALA

PRIMERA PARTE

Primero

a) Selección de *Cádiz,* acto primero, Chueca.

b) Número 2 de la leyenda musical *Los Gnomos de la Alhambra,* Chapí (Conjuro, séquito de Titania y Oberón).

c) Potpourri de *El Barberillo de Lavapiés,* Barbieri, por la Banda Municipal, dirigida por el maestro D. Ricardo Villa.

Segundo

Discurso del Excmo. Sr. D. Emilio Rodríguez Mendoza, Enviado extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Chile.

Tercero

Discurso del Excmo. Sr. D. José Yanguas Messía, Ministro de Estado.

SEGUNDA PARTE

Segundo acto de *Doña Francisquita,* letra de los Sres. Romero y Fernández Shaw, música del maestro Vives, por la Compañía del Teatro de la Zarzuela.

TERCERA PARTE

Primero

Lectura de poesías:

a) *Cosas del Cid,* de Rubén Darío (leída por D. Pablo Abril de Vivero, Encargado de Negocios del Perú).

b) *¡Salve, España!,* de Goy de Silva (leída por Juan de Orduña).

c) *Tipos de la Raza,* de D. Manuel Machado (leída por su autor).

d) *Canto a la Jota,* de D. Luis Fernández Ardavín (leída por su autor).

Segundo

Tercer acto de *El Alcalde de Zalamea,* por la Compañía de Francisco Morano.

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Discurso del Sr. D. Emilio Antón Hernández, primer Teniente Alcalde, Encargado de la Alcaldía Presidencia.

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Discurso del Sr. D. Emilio Antón Hernández, primer Teniente Alcalde, Encargado de la Alcaldía Presidencia.

No por pueril vanagloria, sino por legítima satisfacción, habrá de tenerse el recuerdo de que la Fiesta de la Raza, que nos congrega, es un pensamiento del Concejo de Madrid, cuya representación me abruma en estos instantes.

Pero si la interinidad de esa representación se esfuerza en reducir hasta el límite de mi modestia personal la resonancia de mi voz, el entusiasmo cordial con que mi pecho de español se incorpora a saludar a la majestad del suceso histórico, suplirá, en todo caso, las deficiencias que la torpeza de mi palabra antes ha de traicionar y descubrir que disimular. Excusadme.

El programa de esta fiesta solemne, os ofrece el anuncio cierto—que he de procurar de inmediata realización—de compensaciones, que la elocuencia, el arte, el saber, la ciencia y la gracia os depararán.

Todo ello hará vibrar de nuevo, si es que en alguien pudo amortiguarse, el sagrado recuerdo de aquel magno suceso, del que se ha podido decir que sólo es inferior en transcendencia histórica y social-universal, a la Redención del Hombre por el hijo del Hombre.

Es natural, por razones varias, que la sublime epopeya despertara envidias, recelos y malos quereres. El eje de la llamada, con admirable propiedad, *leyenda negra,* fué la calumnia contra la obra más excelsa de España—que contando en su historia refulgente con la maravillosa, la milagrosa perseverancia de la Reconquista, ya habría logrado puesto permanente entre los luminares de la vida histórica—; la calumnia—decía—que presenta a España, verdugo o despreciadora—que no se sabe que sea más triste—de Cristóbal Colón; que fingió una España cruelmente explotadora del indio ingenuo y rendido; que achacó a España la esclavitud espiritual de éste en las mallas de una red confesional, asfixiante y embrutecedora; que convirtió a los denodados conquistadores en una banda de aventureros sin conciencia y sin honor; que hace de cada fraile misionero—vanguardia de la fe—, un negrero ambicioso y disoluto; en suma, que trata de convertir el descubrimiento y colonización de América, en una vergüenza que nos envilece, en vez de ser, como fué, una generosísima donación de nuestra propia vida, aun vacilante del terrible y desangrante aunque gloriosísimo esfuerzo. Esfuerzo, dejadmelo decir, que perdura en cada emigrante que, camino de las Indias occidentales, se balancea entre el cielo y el mar, con el recuerdo en la campiña gallega o castellana, vasca o levantina que le vió nacer; la esperanza prendida en sus hermanos transoceánicos que le aguardan,

Ayuntamiento de Madrid

y la fe en la Madre de Dios, que va en la proa de todo barco en que navega un español.

Esfuerzo que tiene su más espléndida recompensa en la solicitud, en el cariño con que, agrupadas las hijas americanas, dan, con su actitud efusiva y glorificadora, el más rotundo mentís a las infamias propaladas contra su madre por los espíritus mezquinos o malvados. Y lo hacen, bien lo veis, en el idioma que de ella recibieron, y que ellas mismas pulen y enriquecen; con el sentir hidalgo de que son arca perfumada; con el alto sentido civilizador de la cultura del Evangelio y, en suma, con la máxima autoridad de naciones que, presentadas como víctimas de una metrópoli funesta, que ha retrasado su civilización, ha expoliado sus riquezas y ha atrofiado su espíritu, se yerguen para acariciar los bucles de nieve que escapan de la corona imperial de España, llenas de juventud cordial, mostrándose orgullosas de su insigne abolengo, arracimadas sobre el noble pecho del que arrancan, piadosas, las espinas y los abrojos que en él clavaran la furia sectaria o el odio político, la ignorancia cerril o la mala fe insidiosa o despechada.

Porque la Fiesta de la Raza es, principalmente, espectáculo ideal renovado, y en cada año enfervorizado, de alta justicia histórica y de conmovedora piedad filial, no podrá parecer—repito—pueril vanagloria, sino legítima satisfacción de las más hondas, el recuerdo de que la Fiesta de la Raza, latente durante centurias en tantas y tan dilatadas muchedumbres por el orbe esparcidas, tiene forma, estado en la vida civil y política de Hispanoamérica, por una iniciativa del Concejo matritense.

De todas las múltiples riquezas ofrendadas a España por sus hijas, de la maravilla de sus tesoros de metales deslumbrantes y gemas cegadoras, de todas las espléndidas y multiformes utilidades que la tierra ubérrima produce al sol ardiente del Hemisferio trasatlántico, ¿qué podrá España agradecer, como este beso en la frente ungida, que Hispanoamérica le rinde?

Ese ósculo garantiza aquel vaticinio del poeta panameño, que asegura saber que:

> ... Como el ave fénix de la guerra,
> de la gloria el amor y las hazañas,
> renacerá de América en la tierra,
> no una vez sola... ¡sino en veinte Españas!

Ni los más tenaces adversarios de los días que corren podrán desconocer que esta dichosa vindicación filial se reitera en momento de máximo esfuerzo (no infecundo), de resurgimiento para España, que puede, a su vez, ostentarse como núcleo eficaz y centro fecundo de atracción de la actividad hispanoamericana en el Mundo. Ahí se consagrará el ideal; en esa hora gloriosa se cumplirán los destinos históricos y eternos de la raza hispana.

Cada cual se consulte y se examine; cada uno se resuelva a cumplir la estrecha obligación de contribuir a que España esté a punto y pertrechada.

No es poca parte a esa preparación y a ese pertrechamiento la Fiesta de la

Ayuntamiento de Madrid

Raza; pero sin desmayar en la defensa de las posiciones que se vayan logrando, porque, bien lo sabéis, hasta de los nombres y rótulos se valen los que ansían neutralizar, y sobre todo desviar esta corriente de amor de la sangre, cuyo rojo tiñe el horizonte de aurorales reflejos de un mundo nuevo a la aparición en el pacífico concierto de los pueblos del por antonomasia llamado Nuevo Mundo.

En esta especie de pontificado, puesto que espiritual es ya el imperio que nos envanece, nada hay, ni un latido del corazón, ni un ademán, ni un gesto, ni un pensamiento oculto, ni una palabra vibrante, que no sea español, como no hubo en el descubrimiento y colonización de América, visto en conjunto, gesto, ademán, pensamiento o verbo, que no preparase a la cristiandad para recibir en su seno la raza augusta cuya fiesta nos llena de júbilo y llenará el orbe de esplendores y de asombros para no desmentir su progenie y su historia.

Y no tengo el derecho de abusar por más tiempo de vuestra cortesía. Reclúyome de nuevo en mi modestia personal, porque aún la alteza de la representación municipal que inmerecidamente ostento, y a este paso me obliga, tiene a gala cumplir con el deber de dar paso a las ilustres personas de cuyas dotes singulares esperáis, con razón, más sazonados frutos que esta desmañada, aunque fervorosa y entusiasta oración, por Nuestra Señora la España Grande, Integral e Inmortal, y por la realización de sus destinos marcados con el divino sello, que encarna augustamente en aquel heredero de Fernando e Isabel, cuyo anhelado viaje personal a las Indias españolas constituirá, sin duda, la más jubilosa, la más exultante también, la más eficaz Fiesta de la Raza.

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Discurso del Excmo. Sr. D. Emilio Rodríguez Mendoza, Ministro de Chile.

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Discurso del Excmo. Sr. D. Emilio Rodríguez Mendoza, Ministro de Chile.

MAJESTADES:
EXCELENTÍSIMOS SEÑORES:
SEÑORES:

Las doctrinas, las evoluciones, los simples sucesos, todo en la vida humana es constantemente sometido por el análisis, la crítica y por los hechos mismos a un proceso revisional perpetuo.

En cambio, hay un solo acontecimiento, que es una creación continua, que no hace sino extender sus consecuencias benefactoras entregadas al usufructo universal.

Aludo al descubrimiento de América.

Las derivaciones de ese acontecimiento asombroso, refluyeron, primero, sobre la vida española, como era lógico, y, en seguida, sobre el conjunto de la existencia universal porque ese enorme organismo geográfico que se llama la América, recién ahora avanza hacia su desarrollo integral.

Hecho tan inaudito ha tentado todas las plumas y todas las liras de antaño, perseguidoras empecinadas de lo épico.

Todo eso está, pues, dicho, enseñado y cantado; pero échesele o no—y yo creo que no debe echársele—, una doble llave de olvido estéril o negativo a los sepulcros en que descansan de sus cuitas los que forjaron la Raza actual, el hecho es que ésta recordará siempre el acontecimiento máximo cuya recordación sumaria nos convoca en este momento.

* * *

Mientras la Italia renacentista vuelve apasionadamente a Grecia, en busca de los laureles de Jonia, consuma España la unidad política que va plasmando irresistiblemente desde el centro, es decir, desde las mesetas castellanas hacia el resto de esta Península, reciamente cuadrangular, que flanquea el Viejo Mundo, avanzando hacia el Nuevo.

Realizada la unidad política, y mientras la media luna islamita se aleja destilando sangre, España y Portugal, unidas estrechamente en la gloria común de los descu-

Ayuntamiento de Madrid

brimientos inauditos, exploran el mar, presintiendo que sólo él guardaba todavía algo desconocido y enorme.

Colón, náufrago y pobre, peregrinaba ya de país en país, perseguido por la visión de algo vago, forjado, según el común de las gentes, no por la razón, sino por la vesania.

Desconocido, errático, por las trazas un vagabundo; crucificado por el dolor moral y la necesidad física; con el astrolabio entre sus manos de visionario que aspiraba a aferrar el infinito, ardía en él la llama anímica que hace erguirse y seguir camino de la gloria y la crucifixión a los seres castigados por el delito de encender antes que otros hombres los faros de lo desconocido.

Un día de esperanzas y anhelos supremos, Colón llega hasta la divina mujer, Isabel la Católica, cuyas oraciones fueron fe, exaltación y fantasía a que ofrendarlo todo.

Fué ella la que primero acarició aquel sueño impreciso del extraño peregrino que iba por esos caminos de Dios desconocido y miserable.

Creed, señores, que tiene una honda significación para un hispanoamericano hablar de estas cosas, que son el legado común, aquí en pleno solar maternal, no a gran distancia de los sitios capitales del acontecimiento: Valladolid, Granada, Salamanca, la ciudad color retablo tallado y dorado por los siglos.

La fe iba a operar esta vez el más desconcertante de los prodigios que ha engendrado, y Colón, el «extranjero de la capa raída», el asilado taciturno en una celda franciscana de la Rábida, ve, al fin, con las proas enfrentadas hacia el misterio aquellas tres y audaces carabelas en que no cabrían hoy sino unas cuantas gavillas del trigo que produce el Nuevo Mundo, granero sin usura y sin puertas ofrecido a la fraternidad de todos los hombres.

España, uno de cuyos flancos enfrenta al Mediterráneo, que es el pasado, Cartago, Fenicia, Grecia y Roma, va a penetrar a fondo esta vez en el grande Océano con aquellas tres Carabelas, en cuyo velamen, vibrado por la esperanza, señalaba la Cruz cristiana la ruta misteriosa de un nuevo sector material del mundo.

Se acerca, pues, la fecha central del universo moderno y España va a escribir en las Columnas de Hércules, en que afirma sus armas y sus blasones, el lema orgulloso, «Plus Ultra», especie de orden imperativa y sumaria impartida desde lo alto del trono ibérico.

Colón se inclina conmovido sobre el suelo del país nobilísimo que iba a hacer tangibles sus quimeras. Reza de rodillas su última misa, entonada con parte de noche por aquel fraile, tan genuinamente español, que en el capítulo inicial de este vasto poema, aparece ofreciendo a Dios sus oraciones, vuelo infinito, balbuceo de la subconciencia, que en la hora solemne y desgarradora de la partida ya adivinaba el acontecimiento en marcha.

Al amanecer vibra, pues, todo entero el campanario barroco de La Rábida, como si él también estuviera entonando la plegaria de los que se iban para siem-

Ayuntamiento de Madrid

pre..... Llama a la misa cotidiana y, sin saberlo, porque no siempre sabe el campanero lo que dicen las campanas, éstas estaban tocando el himno de la gloria por venir.

Ya en marcha el futuro almirante, solo entre el cielo y el mar, sin saber él mismo si se confirmaría o no el helado presagio de los desconfiados, los tímidos y los pesimistas, a altas horas, en medio de ese silencio oceánico que hace enmudecer de golpe todas las locuacidades de la audacia o la vanidad, cuántas veces, inmóvil ante el infinito, no volvería a sentir esas campanas echadas a vuelo, también locas como él, en el instante de partir a arrebatar al misterio cósmico la modelación armoniosa y definitiva del Universo.

Muy luego, la distancia parecía absorber para siempre las tres carabelas de nombres infantiles en que, tan pequeñas eran, no habían reparado las olas porque, en efecto, más que naves de argonautas, impávidos o enloquecidos, eran o parecían aves de mar que por primera vez, y seguramente engañadas, aventuraban la travesía de un mundo a otro.

El suceso por venir empieza a hacer pequeños adelantos de optimismo y una noche, orientalmente dorada como las de Andalucía, se esboza algo lejano, vago, desdibujado que podría ser una alucinación más..... Pero no, era el advenimiento, la incorporación definitiva del más vasto de los continentes a la economía general del mundo y esa línea borrosa, trazada con colores de sepia, era el flanco de una de las islas o joyeles flotantes, restos del collar que en otro tiempo debió unir más estrechamente que hoy los dos grandes sectores, septentrional y meridional, del Nuevo Mundo. Y para que indudablemente fueran ambas Américas, la del Norte, desconcertante acumulación actual de fuerzas esencialmente modernas, y la del Sur, coloso en formación, las que acababan de ser descubiertas, aquella primera isla a que recaló Colón, queda igualmente equidistante de una y otra América. Además de esta circunstancia, dicha isla iba a ser el punto de referencia de todos los descubrimientos posteriores.

Quedaba hecho, pues, el descubrimiento de América, aun cuando el actor central de la epopeya ignorara que era un mundo desconocido lo que acababa de palpar con sus manos de taumaturgo. Y quedaba, asimismo, consumada la victoria mental ganada a las limitaciones altaneras, dogmáticas u obscuramente pesimistas.

El Universo, hasta entonces desfigurado, empieza a acusar su fisonomía definitiva y España, sin contar su población diezmada por las contiendas internas y externas, entrega a descubridores y conquistadores la espada cuya empuñadura es una cruz.

Se inicia entonces una era capital, como se dice ahora, y tan capital, que aún hoy, nuestros países son todavía el porvenir en marcha ante el Occidente agobiado por la simultaneidad y la complicación de los problemas sociales y económicos.

Nación alguna emprendió jamás una empresa más desmesurada con menos recursos internos, lo que constituye vuestro orgullo, y también el nuestro, porque no

Ayuntamiento de Madrid

podríamos ignorar que esa empresa audaz comenzó en los mismos momentos en que España planteaba rotundamente su aspiración a la hegemonía mundial. Y aquí es del caso preguntarse si habría sido posible realizar la conquista y la colonización de América, que con razón asombran tanto a Ortega y Gasset, si el poder absoluto que un día llegó a El Escorial a orar y meditar no hubiera abatido ya al feudalismo.

* * *

Los azares de mi carrera trashumante me han hecho conocer casi toda la América, y al volver a la Península es grato ratificar en esta fecha evocadora, que nación alguna ha dejado una huella más vasta y profunda, lo que reitero con cálida simpatía racial, aquí, en el propio solar del idioma, el más difundido después del inglés.

Aquel enorme germinal evolutivo que se llamará siempre la América española, porque estamos espiritualmente solidarizados con la antigua Metrópoli, es uno de los espectáculos más grandes del Mundo actual, febrilmente empeñado en la brega sin fin de llegar a una organización justiciera y armónica de la vida.

En efecto, como decía al empezar, la América es una creación continua que empieza a desplazar el eje productivo y económico del Mundo.

Interrumpido no hace mucho mi último viaje a España en el mismo sitio en que los potentes músculos norteamericanos trozaron con toda facilidad en dos pedazos el territorio ístmico, solía abismarme mirando espiritualmente desde Panamá hasta Magallanes, y el vasto cuadro de la Conquista parecía esbozarse sumariamente en medio de la atmósfera inflamada del famoso Istmo, en cuya apertura ciclópea ya pensó alguna vez Felipe II.

Llegué varias veces durante mi permanencia en Panamá hasta el mismo sitio, no lejos de una isla que todavía da muchas perlas, en que Balboa, levantando la bandera de Castilla con uno de sus brazos poderosos, da con el otro de cuchilladas a un nuevo Océano para adueñarse de él, desde el trópico hasta el Polo Sur; para avasallarlo definitivamente; para cristianarlo como español con la cruz de su espadón toledano.

Detenido por un accidente, como digo, en medio de ambas Américas, no habría podido dejar de meditar en aquel pasado resonante en que se destaca primordialmente el Conquistador, ser movido, como todos los hombres, por pasiones múltiples, sin excluir el espíritu, sin el cual no habría existido el Descubrimiento mismo ni la Noche Triste de Hernán Cortés, ni aquellos pavorosos cien días sin ver otra cosa que mar y cielo, de Hernando de Magallanes.

No es cierto que el Conquistador, arrogante arquetipo de aquella época, sin paralelo posterior, fuera sólo un ser ávido y cruel. No. Tiene, desde luego, el interés

Ayuntamiento de Madrid

apasionante de lo trágico y, en seguida, es incomparablemente superior a la burocracia engalanada que había de ir tras él.

Nadie ignora ya que en la transfusión de España hacia la América iba no sólo el hampón desgarrado y maleante de la novela picaresca sino lo más dinámico y resuelto como raza: segundones, hidalgos, Sanchos y Quijotes; todo, mezclado y barajado en aquel impetuoso torrente vital: aristocracia entroncada con la difícil compactación nacional, y soldados, capitanes y gente de armas tomar, que lleva un alma bien castellana, un rosario y una espada con la cual mesurar el Nuevo Mundo e imponerle su fe y sus costumbres.

Esa transfusión, en una palabra, era la España descendiendo de las calcinadas mesetas castellanas hacia la Casa de Contratación, sitio de anhelos y adioses, en cuyos alrededores vagaba Murillo vendiendo pequeñas estampas pintadas.

Cada fundación se opera según prácticas jurídicas venidas del Derecho Romano, y es bien claro que la Metrópoli propendía notoriamente a la refundición total con la América; en efecto: llamaba Reinos o Provincias a sus nuevos dominios y bautizaba, como un Patriarca amante y celoso de su prole innúmera, a los nuevos hijos: mi país se llamó Nuevo Toledo; la opulenta Colombia actual, Nueva Granada; y hubo Nueva España, Nueva Castilla, Nueva Andalucía, Nueva Córdoba...

Es claro, y por sabido se calla, que aquellos tiempos eran duros allá, aquí, y en todas partes, lo que los hace más dramáticamente atrayentes, porque sólo perdura y arraiga, ejemplar o dolorosamente, aquello en que campea el sello indeleble de la sangre.

Por lo demás, ante el rigor de la Conquista, cae de rodillas, juntando sus manos implorantes, el Padre Las Casas o se dicta aquella Cédula de 1514, la cual mandaba—copio sus mismos términos—«que indios e indias puedan casarse libremente entre sí, así como con españoles y españolas».

Está escrita, literariamente hablando, la vigorosa síntesis del Conquistador: la han hecho escritores eminentes; pero el viejo tapiz nobiliario de toda la conquista, tapiz destinado a El Escorial, en que la raza unida rece «la plegaria del trabajo» y retemple su fe en el porvenir, no está sino fragmentariamente hecho.

Aguarda, pues, Hernán Cortés, cuya Noche Triste no fué, por cierto, una última aventura salmantina, sino un desafío nocturno hecho al Destino, iluminado por las llamas de sus naves, quemadas para que nadie pudiera pensar en la retirada. Como buen estudiante que había sido, jugó muchas veces la vida al cara o cruz con elegante desenfado. Fondo del cuadro, aquel magnífico México Imperial cuyas piedras talladas por lo autóctono guardan el secreto milenario de una mitología ensamblada con el Oriente.

Esperan todos, no sólo Cortés o Pizarro, la obra de conjunto monumental, bronce o lo que sea, siempre que constituya algo definitivo como forma o fondo: Alvarez de Toledo, que descubre las bocas del Mississipí; y Orellana, que viniendo del Pacífico navega sin extraviarse, como si estuviera recorriendo la huerta valen-

Ayuntamiento de Madrid

ciana, los afluentes del Amazonas y sale al Atlántico al fin de la tremenda aventura; y Pizarro que muere trazando una cruz de Calatrava con la sangre de sus heridas, y Valdivia y Ercilla que vagará siempre bajo las araucarias, a cuya sombra, inclinado sobre su escudo de guerra sin cuartel, escribió la epopeya de los aborígenes chilenos.

¿No es cierto que todos ellos parecen dejar las estrofas del romancero para entrar arrogantemente en el poema de lo desconocido?

Era necesario ir de tierras inflamadas por la exaltación espiritual para poder penetrar como quien cumple un mandato, dado breve y secamente por el César, el que pintó el Tiziano y golpeó una y otra vez con la contera de su lanza una gran parte de la Europa Central.

* * *

Sé bien, señores, que la efeméride, íntegramente española, que celebramos en este momento, requiere algo más que un trasiego apresurado de vuestro opulento pasado histórico.

«El hispanoamericanismo se ha desenvuelto en un ambiente de velada literaria», decía hace poco un eminente periodista español. Es la verdad; pero el tiempo que sólo respeta lo que él mismo hace, según Montaigne, ha hecho, al pasar, obra útil, agigantando aquello que, siendo la gloria de España, también es la de América.

Y así, al término de una larga jornada lírica y oratoria, hemos llegado a una completa solidaridad espiritual, y ya no nos llamamos latinoamericanos sino hispanoamericanos, como dice S. M. el Rey, que es un convencido fervoroso de la necesidad del estrechamiento indisoluble de los lazos existentes entre España y nuestras Repúblicas.

No sé, dado el momento de intensa creación de riquezas a que entra toda la América con apresuramiento, que, a Dios gracias, se adelanta a otros problemas, cuáles podrían ser las vinculaciones prácticas más urgentes entre España y los que fueron sus Reinos y Capitanías generales. Sé, en cambio, que existe el nervio palpitante de la emigración, que intercambia actividades y recursos con renovada eficacia de fuerzas juveniles.

Pienso, por mi parte, que acaso no haya medio más superiormente eficaz para clausurar de una vez el período de preparación lírica y oratoria del hispanoamericanismo, que difundir por toda la América la obra admirable de aquellas asociaciones culturales que, como las de Buenos Aires, han escrito estas palabras renovadoras en el programa de su fecundo apostolado: «austeridad, investigación propia, sencillez personal».

Estad seguros y permitidme afirmarlo con verdadera fe, de que si a cada capital

Ayuntamiento de Madrid

de nuestros países fueran los maestros, los sabios y los artistas que ya han ido sólo a algunas de nuestras Repúblicas, Menéndez Pidal, Ortega y Gasset, Rey Pastor, Pi y Súñer, Cabrera, Posada, D'Ors, Altamira, Alvarez de Sotomayor, ex Director de la Escuela de Bellas Artes de Santiago, Américo Castro, Pittaluga, María de Maeztu y otros cuyos nombres deploro no recordar, se ampliaría luminosamente el conocimiento nebuloso que se tiene de la España, porque, también es necesario decirlo, ni allá se conoce la múltiple actividad actual de este gran país, ni aquí se sabe lo que es la América como asimiladora de hombres, como creadora de riquezas asombrosas, como organización atrevidamente moderna y como certidumbre de un futuro, extraño al dolor y las luchas abrumadoras que han presidido el desarrollo de otras civilizaciones.

Queremos el cuadro, el mármol y el libro, españoles. Queremos que el mismo profesor que hoy hace un curso en una de nuestras capitales lo haga mañana en la otra. Se estrecharían así los lazos comunes; propendería la alta mentalidad española a la desaparición de diferendos que no son insolubles y que, sin embargo, alejan más y más la armonía y la solaridad total de la América.

Estoy conforme, como se ve, con que no basta la sonora rememoración de los historiales más gloriosos. Trabajemos, por consiguiente, por la vinculación mental y material a la vez, de la cual es tipo admirable la trayectoria simbólica consumada por la nave, con algo de inmaterial, como todo lo alado, que no hace mucho piloteaba Franco a través del Océano, y que en la rapidez de su vuelo glorioso, simulaba la bandera de España, desplegada hacia nuevos horizontes. He dicho.

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Discurso del Excmo. Sr. D. José Yanguas Messía,
Ministro de Estado.

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Discurso del Excmo. Sr. D. José Yanguas Messía, Ministro de Estado.

SEÑOR.

Con mirada muy certera, el ilustre Ministro de Chile, en el enjundioso y brillante discurso que acaba de pronunciar, afirmaba que es base esencial para que la solidaridad hispanoamericana se conserve viva, el ordenado intercambio cultural, entre América y España.

Se han juzgado con severidad quizá excesiva, pero con innegable fondo de buen sentido, las efusiones líricas. Mas al pretender huir de la vacuidad retórica, hemos corrido riesgo de caer en un equivocado utilitarismo, que choca con la espiritualidad de nuestra raza y desvía la verdadera trayectoria fundamental de las relaciones hispanoamericanas.

Estas relaciones son y han de ser siempre, de familia, y no podrá decirse ciertamente que en semejante órbita familiar las relaciones económicas tengan jamás la primacía sobre los vínculos que crean la comunidad de mentalidades, de cultura, de estirpe, de religión, de glorias y de desgracias, de idioma, de afectos, de tradición y de costumbres salidas de un mismo hogar común.

Cierto que las relaciones económicas y mercantiles pueden ser y tenemos la ferviente confianza en que lo sean, factores coadyuvantes eficaces, pero en el plano secundario que les corresponde, dentro de una ordenación familiar basada en el amor y no en la conveniencia.

El Gobierno de Su Majestad se preocupa del fomento de estas relaciones económicas; pero tiene a la vez, con singular cariño, en estudio el fomento de las relaciones culturales, a que tan elocuentemente aludía el Sr. Rodríguez Mendoza y que hasta ahora sólo han hallado iniciativa y calor en instituciones privadas, de las que constituye arquetipo la Asociación Cultural de Buenos Aires, cuya alma es el benemérito Doctor Avelino Gutiérrez, a quien es de justicia consagrar en esta fiesta hispanoamericana, un recuerdo especial de honda gratitud.

Las manifestaciones culturales y emotivas, son estériles cuando cultivan el monólogo; pero no cuando dan ocasión como en la noche de hoy, para entablar un diálogo fecundo, ni cuando sirven para que un intercambio metódico de profesores y de alumnos, de libros y de revistas, venga a mantener y a acrecentar el caudal de la cultura común, a intensificar la recíproca comprensión y a conservar siempre vivo, para bien de la raza y de la humanidad el tipo peculiar e inconfundible de civilización hispanoamericana.

Ayuntamiento de Madrid

Impulsado por estímulos de justicia y de nobleza, el señor Ministro de Chile ha vuelto por los fueros de la calumniada colonización española en América. No hace todavía una semana, con motivo del XXII Congreso Internacional de Americanistas, celebrado en Roma, en el que tan dignamente llevó la voz de España el Rector del Colegio de San Clemente de Bolonia, Sr. Carrasco, el Senador y Profesor Gaetano Mosca, de la Universidad de Roma, presentó en la Sección de Historia, un trabajo sobre «La Colonización española en la América meridional a principios de 1600, según las memorias de doña Catalina de Eraso», en el que se dice lo siguiente:

«Si se considera que los Estados Unidos han empleado unos ochenta años en valorizar el vasto territorio del Norte, causa maravilla comprobar cómo los españoles supieron hacer casi otro tanto en un país no menos vasto y que presentaba quizás dificultades naturales mayores; y que lo hicieron en un espacio de tiempo casi igual y en una época en la cual no existían los ferrocarriles, ni el telégrafo, ni las demás invenciones modernas que tanto facilitan la lucha del hombre contra la Naturaleza.»

En la sesión de clausura de esta misma Asamblea, el Presidente anunció que el Sr. Mussolini acababa de decretar la fundación de la «Sociedad Americanista de Italia», para el estudio de la América precolombina, del período de los descubrimientos y de la edad presente; fundación que la Prensa ha comentado con amplitud. *Il Giornale d'Italia* dice a este propósito: «En la lucha oceánica, Italia tendrá una parte no pequeña. ¡Ay de ella si desde ahora no se prepara las mejores condiciones para el asalto! En esto consiste nuestro *imperialismo espiritual,* de que tanto se habla».

Estas palabras reflejan la transcendencia que el orden cultural reviste, a los ojos de las naciones que se preocupan de las relaciones con América. En esta noble emulación, y descartando todo cuanto haya de nacional y de específico, para quedarnos sólo con lo genérico, común a toda la raza hispanoamericana, en un pie de perfecta igualdad fraterna, España debe prestar atención preferente no a *abrir,* sino simplemente a *conservar* el cauce, y a nutrir y a regularizar la corriente canalizada de nuestras relaciones ideales, en el plano más elevado de la ciencia, de la literatura y del arte.

Para representarnos la profunda significación de la vida espiritual en las relaciones iberoamericanas, basta con que meditemos un minuto acerca de tres conceptos íntimamente relacionados, pero que son en realidad distintos y deben ser diferentemente definidos. Me refiero a los conceptos de Estado, Nación y Patria.

El Estado, es la unidad política, independiente, soberana; la Nación, es la unidad natural de un pueblo que tiene comunidad de raza, de idioma, de costumbres, de convivencia, dentro de un mismo territorio; la Patria, es la unidad moral de todos aquellos que se sienten miembros de una gran familia humana, y se consideran igualmente orgullosos del blasón, de la tradición, del honor, del nombre y del genio propio de la familia toda.

Ayuntamiento de Madrid

La España de los Reyes Católicos, llegó a reunir en un solo haz de luz, estos tres círculos humanos. Fué la España de entonces, un Estado coincidente con los límites de la Nación y con los de la Patria. Realizada la unidad peninsular ibérica, la Patria española, en la epopeya maravillosa que el Sr. Rodríguez Mendoza ha descrito con notas de tan sugestivo color, se extendió a todo un continente, abierto por nuestra raza a la civilización occidental.

Llegó, como en toda familia llega, el instante en que los hijos mayores de edad, hubieron de emanciparse, y entonces, aquellos tres círculos, antes coincidentes, vinieron a ser distintos, aunque siempre concéntricos.

Al arraigamiento de aquellos pujantes pueblos en los territorios del Nuevo Mundo, después de mezclar generosamente su sangre, su religión y su cultura con las razas indígenas, siguió la formación de nuevas unidades naturales, es decir, de nuevas naciones.

A su capacitación política para gobernarse por sí mismas, siguió la constitución de florecientes Estados.

Pero si la unidad política natural de la España grande, hubo así de romperse, la unidad moral de la Patria sigue siendo una e indivisible. No es americana, ni peninsular: es española.

Así se explica que todos los hijos emancipados conserven con el mismo fervor y con igual reverencia que antes, el apellido paterno, el de la Patria hispana, y se sientan todos tan legítimamente enorgullecidos, como los progenitores mismos— acabáis de oirlo expresar elocuentemente de labios de una relevante personalidad americana—de todo cuanto fué gloria y esplendor del genio de nuestra raza en el mundo, tesoro ideal que con razón el Sr. Rodríguez Mendoza calificaba de legado común a todos los hispanoamericanos.

La España de hoy, hija de la España de ayer, es hermana de todos los pueblos descendientes de la Patria grande del siglo xvi. Y es empeño, no ya sólo de honor, sino de instinto de conservación para unos y para otros, no perder jamás el apellido de la familia. Cuando un pueblo lo pierde, por entroncar con otro de distinta raza que ejerce sobre él una hegemonía, ocurre un fenómeno análogo al que sucede en las familias, cuando una rama de mujer ve pasar su apellido a segundo término y quedar en cada nueva generación cada vez más relegada, por haber venido un nombre ajeno de varón a dar un apellido extranjero a la familia.

Y este es cabalmente el significado de la Fiesta de la Raza que celebramos hoy, en América y en la Península. Afirmación de la Patria grande y, con ella, de la personalidad de la raza íbera, a la que tanto debe la Humanidad. Como en toda fiesta de familia, la que nos congrega aquí es una evocación del tronco secular de donde procedemos todos y al que todos veneramos. Es, a la vez, una afirmación de la unidad moral, de la solidaridad íntima que une a nuestros pueblos hermanos y es, por último, una afirmación de fe en el destino luminoso de la raza íbera, que siempre puso su generosidad por encima de todos los egoísmos, que siempre coloca su

Ayuntamiento de Madrid

espíritu universalista y humano, sobre todo estímulo exclusivista y mezquino, que en todo momento y por encima de los utilitarismos rinde culto a la espiritualidad, dueña y señora del genio humano.

La raza íbera realizaría a la vez que una obra de confraternidad entre todos sus miembros, una aportación fecunda a la organización de la paz y a la afirmación del Derecho en las relaciones entre los pueblos, si dentro del espíritu igualitario y democrático que inspiran nuestras relaciones, intensificara cada día más, hasta llegar a la cristalización en fórmulas concretas y permanentes, las relaciones jurídicas entré nuestras naciones.

Una feliz coincidencia ha querido que en la Fiesta de la Raza, a la vez que podemos registrar este año la proeza de Franco y sus compañeros, experimentemos la honda satisfacción de haber puesto los jalones para la nueva línea aérea Sevilla-Buenos Aires.

A la honda emoción que sintieron todos los corazones de América y de la Península cuando se realizó el vuelo a Buenos Aires, debe seguir el establecimiento de comunicaciones aéreas normales, que sean otros tantos hilos invisibles, vehículos del comercio ideal y material, que liguen a nuestros pueblos a través del Atlántico y por la zona del aire, como si las líneas de navegación marítima fueran ya escasas y lentas y se hallaran demasiado a flor de agua, y quisieran los españoles de uno y otro continente tener un medio más rápido, elevando sus naves a la altura donde España pone sus ideales, sintonizados con el pensamiento y el corazón de quien sería el primero de los españoles por su clarividente patriotismo, si no lo fuera ya por la majestad de su realeza.

Ayuntamiento de Madrid

LECTURA DE POESÍAS

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

D. Pablo Abril de Vivero, Encargado de Negocios del Perú, pronunció las siguientes palabras, antes de recitar el bello poema de Rubén Darío:

«En esta hora grávida de inquietudes en que la Humanidad busca en la sombra, a tientas, el indispensable sendero de la razón cordial—única garantía de paz y amor entre los hombres—, se fortifica nuestra fe y cobra nuevo vigor nuestra esperanza, al contemplar al otro lado del Océano, en el Continente que atesora el secreto del porvenir, la existencia de veinte pueblos que forman, evangélicamente, uno sólo por la altísima fraternidad indestructible de la estirpe, del lenguaje y de la religión.

»¡Sangre de Hispania fecunda! ¡Sangre de la España visionaria y alucinante del Descubrimiento y la Conquista que incorporó nuestra América semibárbara a la Civilización occidental! ¡Bulle y canta en las venas de esas veinte naciones, en las que fructifica el henchido milagro de la hispana maternidad!

»Y en este día profundo y familiar, en que venimos como en un rito máximo a evocar la española epopeya de ayer, de hoy y de mañana, bien está que la voz elegida de nuestro lírico supremo, Rubén Darío, venga a confirmar, para orgullo de España, que América ha sabido ascendrar en lo más íntimo de su alma las mieles y las gracias del idioma inmortal que le legara, como la propia sangre de su espíritu.»

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

COSAS DEL CID

Poema de Rubén Darío, leído por D. Pablo Abril de Vivero, Encargado de Negocios del Perú

Cuenta Barhey, en versos que valen bien su prosa,
una hazaña del Cid, fresca como una rosa,
pura como una perla. No se oyen en la hazaña
resonar en el viento las trompetas de España,
ni el azorado moro las tiendas abandona
al ver al Sol el alma de acero de Tizona.

Bahcecz, reposando del huracán guerrero,
tranquilo pace, mientras el bravo caballero
sale a gozar del aire de la estación florida.
La Primavera ríe. Y el vuelo de la Vida
abre lirios y sueños en el jardín del mundo.
Rodrigo de Vivar pasa, meditabundo,
por una senda en donde, bajo del sol glorioso,
tendiéndole la mano, le detiene un leproso.

Frente a frente, el soberbio príncipe del estrago
y la victoria: joven, bello, como Santiago,
y el horror animado, la hirviente carroña
que infecta los suburbios de hedor y de ponzoña.

Y al Cid tiende la mano el siniestro mendigo
y su escarcela busca y no encuentra Rodrigo.
—¡Oh, Cid, una limosna!—dice el precito.
—Hermano,
te ofrezco la desnuda limosna de mi mano—
dice el Cid, y quitando su férreo guante, extiende
la diestra al miserable, que calla y que comprende.

Ayuntamiento de Madrid

Tal es el sucedido que el Condestable escancia
como un vino precioso en su copa de Francia.
Yo añadiré este sorbo de licor castellano:

Cuando su guantelete hubo vuelto a la mano,
el Cid siguió su rumbo por la primaveral
senda. Un pájaro daba su nota de cristal
en un árbol. El cielo profundo, desleía
en perfume de gracia, en la gloria del día;
las ermitas lanzaban, en el aire sonoro,
su melodiosa lluvia de tórtolas de oro;
el alma de las flores iba por los caminos
a unirse a la piadosa voz de los peregrinos,
y el gran Rodrigo Díaz de Vivar, satisfecho,
iba cual si llevase una estrella en el pecho.
Cuando, de la campiña aromada de esencia
sutil, salió una niña vestida de inocencia.
Una niña que fuera una mujer: de franca
y angélica pupila, y muy dulce y muy blanca.
Una niña que fuera un hada, o que surgiera
encarnación de la divina Primavera.

Y fué al Cid y le dijo: - Alma de amor y fuego,
por Jimena y por Dios un regalo te entrego:
¡Esta rosa naciente y este fresco laurel!
Y el Cid, sobre su yelmo, las frescas hojas siente;
en su guante de hierro hay una flor naciente,
y en lo íntimo del alma, como un dulzor de miel.

Ayuntamiento de Madrid

¡SALVE, ESPAÑA!

Poesía original de D. Ramón Goy de Silva, leída por D. Juan de Orduña

I

¡España! ¡Salve, España!
Tu planta fuerte ha hollado la más alta montaña,
Montaña de la gloria, que es la suprema meta
A la que aspiran todos los pueblos del Planeta.
Y desde allí tu mano clavó en el mismo sol,
Corazón de los cielos, el emblema español.
Tu bandera más tarde por todos preferida,
Empapó sus colores en la celeste herida,
Y cuando, flameando, desde la augusta cumbre
Dió al mundo los reflejos de su sangre y su lumbre,
Fué como si una aurora iluminase al mundo.
La más brillante aurora del pasado fecundo,
Del pasado en que eras fuerte y dominadora.
¡De un viejo mundo, oculto, fuistes la nueva aurora!
La aurora que admiraron todos los horizontes,
Que iluminó de ciencia los más lejanos montes,
Fronteras de los pueblos más ajenos y extraños.
Tu luz borró a los siglos incalculables años,
Que hubieran sido eternos años de oscurantismo,
Si tu antorcha gloriosa no alumbrase el abismo
Donde a tientas vagaba la ciega Inteligencia,
Buscando vanamente la senda de la Ciencia.
Colón trazó en los mares con las quillas audaces
De tus tres carabelas, los surcos más feraces.
¡Oh gloriosos arados de las hispanas quillas!
Vidas hispanas fueron las fecundas semillas.
Y de aquellas hazañas que eclipsan las homéricas,
A la vida del mundo surgieron las Américas.
Hijas son de tu sangre las nuevas tierras bellas.
La América del Norte te debe sus estrellas,
Y las del Centro y Sur sus estrellas y soles.
¡Son los astros de América, de origen españoles.....!

Ayuntamiento de Madrid

II

¡España! ¡Salve, España!
Tu nombre es como un faro. De tu fecunda entraña
Nacieron las naciones del porvenir, pujantes.
Por ellas será eterna la lengua de Cervantes,
Y la sangre del Cid que dió ensanche a Castilla,
Y de Colón la ciencia, que causó maravilla.
En el lejano Oriente hay todo un archipiélago,
Flor de los paraísos en el más rico piélago,
Donde España sembró su fecunda semilla.
Que dió por fruto almas que ningún pueblo humilla.
Fué la misma semilla con que sembró la América.
No hay uno de estos pueblos donde la raza ibérica
No ofrezca con orgullo triunfante un templo vivo
Y un canto al Alma-Mater, como un fuego votivo.
Sus vates más geniales, los más nobles estros
Aquellos consagrados prodigiosos maestros,
Aportan tal riqueza al hispano tesoro
Que por ellos renace nuestro Siglo de Oro.
Tiene cumbres la América más altas que los Andes:
—¡Sus poetas, sus sabios, sus héroes son más grandes!—
Cada cumbre de gloria es altar de una hazaña
Que canta eternamente la grandeza de España.
Llegará un día, el de las más claras horas,
El día del Juicio Final de las auroras,
Cuando Dios juzgue al mundo por sus nobles acciones,
El día del Juicio Final de las naciones.
En el que España, madre de las tierras más bellas,
Tendrá un trono de soles, bajo un arco de estrellas.

Ayuntamiento de Madrid

TIPOS DE LA RAZA

Poesías de D. Manuel Machado, leídas por su autor

CASTILLA

El ciego sol se estrella
en las duras aristas de las armas,
llaga de luz los petos y espaldares
y flamea en las puntas de las lanzas.
El ciego sol, la sed y la fatiga.
Por la terrible estepa castellana,
al destierro, con doce de los suyos
—polvo, sudor y hierro—el Cid cabalga.
Cerrado está el mesón a piedra y lodo.....
Nadie responde. Al pomo de la espada
y al cuento de las picas el postigo
va a ceder..... ¡Quema el sol, el aire abrasa!
A los terribles golpes,
de eco ronco, una voz pura, de plata
y de cristal, responde..... Hay una niña
muy débil y muy blanca
en el umbral. Es toda
ojos azules y en los ojos lágrimas.
Oro pálido nimba
su carita curiosa y asustada.
—Buen Cid, pasad..... El rey nos dará muerte,
arruinará la casa,
y sembrará de sal el pobre campo
que mi padre trabaja.....
Idos. El cielo os colme de venturas.....
¡En nuestro mal, oh Cid, no ganáis nada!
Calla la niña y llora sin gemido.....
Un sollozo infantil cruza la escuadra
de feroces guerreros,
y una voz inflexible grita: «¡En marcha!»
El ciego sol, la sed y la fatiga.
Por la terrible estepa castellana,
al destierro, con doce de los suyos,
—polvo, sudor y hierro—el Cid cabalga.

Ayuntamiento de Madrid

LOLA

La Lola,
la Lola se va a los Puertos.
La Isla se queda sola.»
Y esta Lola, ¿quién será,
que así se ausenta, dejando
la Isla de San Fernando
tan sola cuando se va?.....

Sevillanas,
chuflas, tientos, marianas,
tarantas, «tonás», livianas.....
Peteneras,
«soleares», «soleariyas»,
polos, cañas, «seguiriyas»,
martinetes, carceleras.....
Serranas, cartageneras.
Malagueñas, granadinas.
Todo el cante de Levante,
todo el cante de las minas,
todo el cante.....

que cantó tía Salvaora,
la Trini, la Coquinera,
la Pastora.....
y el Fillo, y el Lebrijano,
y Curro Pabla, su hermano,
Proita, Moya, Ramoncillo,
Tobalo —inventor del Polo—,
Silverio, el Chato, Manolo
Torres, Juanelo, Maoliyo.....

Ni una ni uno
—cantaora o cantaor—,
llenando toda la lista,
desde Diego el Picaor
a Tomás el Papelista
(ni los vivos ni los muertos),
cantó una copla mejor
que la Lola ....
Esa que se va a los Puertos
y la Isla se queda sola.

Ayuntamiento de Madrid

UN HIDALGO

En Flandes, en Italia, en el Franco Condado
y el Portugal, las armas ejercitó. Campañas,
doce; tiempo, cuarenta años. En las Españas
no hay soldado más viejo. Este viejo soldado

tiene derecho a descansar y estar ahora
paseando por bajo los arcos de la plaza
—solemne , y entretanto que el patrio sol desdora
sus galones - magnífico ejemplar de una raza—,

negar que la batalla de Nancy se perdiera
si el gran duque de Alba ordenado la hubiera;

negar su hija al rico indiano pretendiente,
porque no es noble asaz Don Bela. Y, finalmente.

invocar sus innúmeras proezas militares
para pedirle unos ducados a Olivares.

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

CANTO A LA JOTA

Poesía de D. Luis Fernández Ardavín, leída por su autor.

Noche callada. Una nota
que altiva y robusta brota,
rasga el silencio, al pasar.
¡Es que Aragón va a cantar,
bajo la luna, una jota!

¡La jota! ¡Canto vibrante
que se rompe y se desgarra,
y que, llegando arrogante,
se abraza tierna y amante
al mástil de una guitarra!

¡Cantar sereno y valiente
que rinde, seduce y besa!
¡Para un corazón que siente
no hay caricia más ardiente
que una jota aragonesa!

Galante como un requiebro;
fragante como una rosa,
nace en la vega del Ebro
clara, sencilla y jugosa.

Surge en la espuma; se riza;
salta a tierra; se bautiza
con el rocío de mayo,
¡y, cantando, se desliza
por las faldas del Moncayo!

Trepa, luego, a la montaña;
sube al risco; da en la roca;
va del hato a la cabaña,
¡y en mil perfumes se baña
en los huertos de Daroca!

Ayuntamiento de Madrid

Bajando a Teruel, un día,
como un juramento fiel,
dibuja una alegoría
de amor y de poesía:
los Amantes de Teruel.

En las piedras seculares
del templo, frente al altar,
llena el eco de cantares:
¡son las coplas populares
a la Virgen del Pilar!

La Virgen del Pilar dice
que la jota es su oración.
Oye atenta la canción,
y con sus manos bendice
a los que cantores son.

¡Cantores del pueblo rudo,
que improvisáis el cantar!
¿Qué acento puede igualar
al de un corazón desnudo
que canta por no llorar?

¡Vuestra jota, que resiste
el ataque de los años,
también es, a veces, triste!
¡En todas partes existe
la flor de los desengaños!

Y amorosa y pensativa
como silvestre botón,
¡calle abajo, calle arriba,
va llorando, sensitiva,
en la prima y el bordón!

Recorriendo encrucijadas,
solitaria en su deseo,
escucha, sobre unas gradas,
cómo dan las campanadas
en las torres de La Seo.

Y al lucir la amanecida,
se dirige a las afueras
para ver la gran crecida,
con que el río, en su avenida,
inundó las dos riberas.

Ayuntamiento de Madrid

¡Va el agua arrastrando hogares!
¡La jota, grita y solloza,
y a sus ayes singulares,
se conmueve en sus sillares
el puente de Zaragoza!

Ese puente trajinero
que parece, en sus machones,
puesto en jarras, un arriero
vadeando, entre canciones,
el gran río traicionero.

¡Zaragoza!... ¡Urbe agarena!
¡Madre y cuna de la jota,
que uniste, en la misma nota,
la alegría con la pena,
los aceros de la cota
con la gumía sarracena,

y al ensueño de Granada
la bravura de Aragón!
¡Zaragoza, entorreada!
¡Urbe noble! ¡Casa honrada,
que hermanaste en tu canción
el arado con la espada!
¡Es la jota, tu blasón!
¡Dios bendiga tus sillares,
noble Raza secular!
¡Dios prospere tu solar,
y que, gozos y pesares,
cante el pueblo en tus altares
a la Virgen del Pilar!

¡Que la jota es tu cantar,
y el mejor de los cantares!

Ayuntamiento de Madrid